

El niño y el mar.

Infancia y océano en un microcuento de Ana María Matute

SHELLEY GODSLAND
Universiteit van Amsterdam

Resumen

La brevísima antología de microcuentos titulada *Los niños tontos* (1956) sería el primer texto ficcional en el que Ana María Matute expondría y exploraría el desamparo infantil y la desubicación existencial que padecen los niños en el mundo adulto –temas que se harían frecuentes en la obra posterior de la escritora. Para hacer frente a su soledad y su situación de indefensión, los pequeños personajes matuteanos se escapan a un mundo imaginario, lo que invariablemente lleva a un fatídico desenlace. En este trabajo analizaremos el último relato de *Los niños tontos* titulado “Mar”. Proponemos que si bien la terrible enfermedad que padece el joven protagonista del texto lo posiciona en esa situación de desprotección y aislamiento aludida, de igual modo sus ensoñaciones y fantasías en cuanto al océano lo llevan a suicidarse entre las olas marítimas.

Abstract

Ana María Matute would first articulate and explore childhood vulnerability and existential dislocation within the adult world in her anthology of micro stories entitled *Los niños tontos* [*The Foolish Children*]. These themes would become central to much of her later work. In order to deal with their loneliness and helplessness, Matute’s tiny protagonists escape to imaginary worlds, a strategy that invariably leads to a deathly outcome. Here we will analyse “Mar” [“Sea”], the final story in *Los niños tontos*. We propose that the terrible illness that affects the little boy at the centre of the story can be read as illustrative of the lack of protection and isolation characteristic of Matute’s young characters, while his escape into the imaginary world of the sea leads to his suicide beneath the waves –an action in keeping with a pattern of fatal outcomes established within the collection of brief fictions.



1. INTRODUCCIÓN Y PLANTEAMIENTO

En 1956, luego de una demorada travesía por los controles del censor¹, por fin ve la luz la colección de veintitún microcuentos que componen la brevísima antología titulada *Los niños*

¹ Mencionamos aquí la inspección por parte del censor a la que fueron sometidos los libros de Matute –al igual que toda obra literaria y fílmica en la época– porque estos controles estatales no solo pudieron causar un retraso en la publicación de una obra, sino prohibirla directamente. Al respecto, y con referencia a la literatura matuteana, opina Gonzalo Baptista que “la cortapisa de la censura fue un revés que intervino de forma medular en la producción de Matute” (2022: 8). La mera existencia del aparato censorio también influyó sobremanera en la forma en la que un



tontos de Ana María Matute. Si bien en la España de medio siglo el microrrelato era un “género del todo inusual [...] que Matute no volvió a cultivar” (Bardavío Estevan, 2018: 999), sería el formato literario que emplearía la escritora para redactar el volumen que aquí nos concierne, la primera obra de la autora “dedicada enteramente al mundo de las emociones y la imaginación de los niños” (Díaz, 1971: 71). Maria Tsokou nos habla de la “preocupación por el mundo infantil, que es uno de los temas predilectos de su rica cuentística [de Matute]” (2016: 73), mientras según María Dolores Nieto García este asunto es de gran relevancia en la ficción de la autora: “[e]l interés de Ana María Matute por el tema de la infancia cristaliza en el género del cuento, no siempre dirigido a los niños, pero sí protagonizado por ellos” (2012: 154). De hecho, en una entrevista la misma Matute enfatizó que el tomo “que mucha gente imagina que es para niños [...] es lo más lejano que se le puede dar a un niño, lo más contraproducente que se puede poner en manos de un niño” (Guarner, 1969: 62). Esto se debe a que, si bien la escritora “retrata las personalidades juveniles con gran percepción e intuición, con empatía y en profundidad” (Winecoff, 1966: 62)², “[s]u obra se caracteriza por la violencia y la muerte, el pesimismo y la melancolía” (Winecoff, 1966: 61) –tendencia que se aprecia muy claramente en los oscurísimos textos contenidos en *Los niños tontos*. El último de estos se titula “Mar” y presenta a un muchachito muy delicado y enfermizo, descripción que refleja lo que Díaz identifica como “una cierta preferencia por parte de Matute por personajes niños que están enfermos, son anormales, deformados, o que por alguna razón se hallan aislados de actividades y relaciones normales, factor que los obliga a vivir en un mundo de fantasía de forma intensa” (1971: 72).

En “Mar”, la familia del pequeño protagonista, siguiendo una recomendación médica, lo lleva desde el interior del país hasta la costa para facilitar su recuperación. Una vez en la playa, el chico se adentra adrede en el océano hasta que el agua lo consume por completo, a gran consternación de los adultos que se han quedado en tierra. He aquí, pues, lo que Bardavío Estevan describe como “[l]a marginación del sujeto hasta el olvido definitivo [que] es el tema principal de los microrrelatos” contenidos en *Los niños tontos* (2018: 1013). Por lo tanto, nuestro planteamiento para este trabajo es que en el cuento estudiado la mortífera relación entre el jovencito y el mar funciona para articular un elemento fundamental del pensamiento matuteano acerca de la juventud: el despliegue de la imaginación por parte de un personaje infantil desvalido como herramienta para enfrentar su soledad y la desubicación existencial que vive, producto de la mutua incomprensión entre él y los adultos.

Una idea clave del trabajo de Díaz sobre *Los niños tontos* nos ayuda a contextualizar la mortífera relación del niño con el océano que presenciamos en “Mar”. La experta asevera que en la antología de microrrelatos que nos interesa,

Por regla general la muerte [de los niños] se debe a causas psicológicas, no físicas, o por lo menos el niño se encuentra en una situación mortífera por razones psicológicas, lo cual sugiere [...] que estas muertes representan un rechazo instintivo o incluso voluntario de un mundo que les resulta demasiado cruel. (Díaz, 1971: 73)

autor ‘se permitiese’ expresar, según ha explicado la autora: “el escritor se vio condicionado, de manera completa y total, por este artificio llamado censura cuyo peor y más grave perjuicio es el hábito de la autocensura que llega a crear en un autor [...] Yo también, ¡cómo no!, he sido víctima de ese fenómeno” (1975: 7) –todo lo que lleva a “la insulsez de la obra” (ibid.). En una entrevista con Marie-Lise Gazarian-Gautier, Matute desarrolla su anterior observación, y asevera que “la censura tenía oprimidos a los escritores. La censura era totalmente estúpida y arbitraria [...] Decían [los censores] que yo destruía los valores sociales, que destruía la familia, que destruía la religión [...] En cierta forma, sí que era verdad lo que decían. Yo quería cambiarlo todo. Era el grito de libertad de una muchacha contra un mundo que le parecía falso, hipócrita, explotador y mentiroso” (1997: 89, 91).

² Son nuestras todas las traducciones de idiomas que no sean el castellano.

Que en “Mar” el menor fallezca en el océano se debe a una de esas “causas [...] físicas” –el ahogarse– que, según Díaz, raramente se da en *Los niños tontos*. Sin embargo, es impulsado a ello por las “razones psicológicas” que también subraya la crítica. Proponemos, por lo tanto, que la precaria salud del muchachito, junto con el abismo que lo separa de los adultos –ambos elementos de una realidad que desembocan en una profunda desubicación– a su vez llevan a ese “rechazo instintivo o incluso voluntario de un mundo que les resulta demasiado cruel” que también señala Díaz. Dentro de este contexto simbólico e interpretativo, el mar sería el entorno que permite que el niño ponga fin a su vida, de este modo dejando atrás cualquier sufrimiento que ocasione el estar vivo.

En su monográfico dedicado a la literatura femenina de posguerra, Rosa Isabel Galdona Pérez concluye que



el agua constituye, acaso, el elemento natural por antonomasia mediante el cual [...] el sujeto] se aísla de la maldad y la mediocridad mundanas. Como si de un conjuro se tratase [...] se sumerge bajo las aguas para distanciarse de la realidad que [le] atosiga, para olvidarse de una vulgaridad que lo controla todo y de la que [...] no desea formar parte. (2001: 222)

Si bien sus ideas al respecto las formula con referencia a protagonistas femeninas, su noción es de gran relevancia para entender también las motivaciones del jovencísimo personaje en “Mar”; para él, las aguas marítimas funcionarán como medio para “distanciarse de la realidad que [le] atosiga, para olvidarse de una vulgaridad que lo controla todo y de la que [...] no desea formar parte”, según nos dice Galdona Pérez. Por una parte, nuestro análisis lo llevaremos a cabo en diálogo con un selecto corpus de materiales dedicados a la obra de Matute para situar e ilustrar nuestra proposición en cuanto a la textualización de la infancia trunca como herramienta de rechazo de una vida triste y absurda –tal como planteamos arriba. Además, dada la muy considerable relevancia del mar para la devastadora conclusión del cuento, haremos uso también de teorizaciones del valor simbólico del océano y de la función sanitaria de sus aguas para ilustrar aquel elemento de nuestra propuesta en cuanto a la función del mar como espacio que facilita la muerte dentro del relato.

En una entrevista Matute explicó que los pequeños protagonistas de *Los niños tontos* “son niños tontos entre comillas, porque [...] no tienen nada de tontos. Como no se parecían a los otros, la gente decía, ‘este es tonto’” (Ortuño Ortín, 2011: 23-24), idea que desarrolla Núria Calafell Sala al observar que los “niños del título [de la colección de cuentos] son siempre [...] suscritos a una identidad excéntrica que los señala y [...] los determina” (2010: 166), que el muchacho que figura en estas microficciones es “diferente, especial, único” (2010: 165) –aunque, por supuesto, nunca en términos positivos. Si bien esta ‘diferencia’ señalada por Matute es la característica clave de los jóvenes personajes de todos los cuentos reunidos en la antología, en “Mar” ese ‘no ser como los otros’ es lo que motiva la fascinación por el océano y la necesidad de él que siente el chiquito protagonista, uno de estos “niños solitarios y tristes” que experimentan una “infancia desvalida” que identifican Ana Casas et al. (2017: 62). Al niño se le ubica dentro de esta categoría ya desde el comienzo del relato. El primer enunciado de la ficción lo establece como, “Pobre niño” (Matute, 1971 [1956]: 63), frase que se repite dos oraciones más allá, de este modo enfatizando el desamparo de la criatura y accionando la empatía

del lector –táctica esencial para la posterior comprensión de su suicidio³. Estas dos palabras, mínimas, escuetas, duplicadas, también sirven para subrayar la soledad de este joven sujeto; si bien el texto de Matute alerta de la presencia de varios adultos, dentro del espacio que es la infancia el chico languidece solo, lo que lo posiciona como uno de esos nenes “solitarios” que, según Winecoff, padecen “un aura de soledad que es simbólica de su soledad espiritual” que los convierte en “huérfanos psíquicos [...] que existen encerrados en sí mismos, en un mundo aparte” (1966: 61) –“mundo aparte” no solo físico sino también imaginario, con especial relevancia al mar, noción a la que volveremos.

A los jóvenes personajes de *Los niños tontos* Aileen Dever los describe como “niños marginalizados que son vistos como anormales” (2015: 138) y, en el caso de “Mar”, la criatura sin nombre que protagoniza el cuento es marginalizada –del mundo y de cualquier participación en un ámbito poblado de otros muchachos– a causa del mal no nombrado que padece. De hecho, Báder opina que en la antología “La marginación de los niños es causado por diferentes motivos, entre ellos [...] [la] enfermedad” (2011: 1). En “Mar” vemos que el crío estaba “doblado” (Matute, 1971 [1956]: 63), descripción que sugiere que el pequeño ser apenas se sostiene en pie, y que refuerza esa empatía con él que experimenta el lector que ya mencionamos. Estaba también “amarillo” (Matute, 1971 [1956]: 63), color de piel que por su asociación con graves dolencias y desagradables efluvios corporales insinúa que estamos frente a una situación de salud seria. Además, el chico “Tenía las orejas muy grandes, y, cuando se ponía de espaldas a la ventana, se volvían encarnadas” (Matute, 1971 [1956]: 63). Por un lado, el empleo del término “encarnadas”, otro color asociado con la fiebre, con una enfermedad grave, con la sangre, con el contagio, subraya todavía más la seriedad del mal padecido por el pequeño sujeto⁴, niño que le da la espalda a la ventana y, por ende, a la vida exterior y cualquier posible esperanza, simbolizada en la luz exterior que entra por el vidrio. La translucidez de sus orejas sugiere un ser tan flaco, tan endeble, que los rayos del sol le traspasan. Esas mismas “orejas muy grandes” (Matute, 1971 [1956]: 63) son síntoma de un cuerpo mal proporcionado, no sano, y también sirven para marcarlo como ‘diferente’; según Margaret Jones, “La apariencia física de los jóvenes personajes [de Matute] sirve para diferenciarlos de los niños ‘normales’” (1970: 39).

2. MAR Y BIENESTAR

En el cuento hace acto de presencia “el hombre que curaba, detrás de sus gafas” (Matute, 1971 [1956]: 63), siempre según la percepción del chaval. Esta descripción realza su extrema juventud –todavía no conoce la palabra ‘médico’ para describir al otro. La visita del doctor a la casa funciona, asimismo, para subrayar la seriedad de la enfermedad padecida por el chico –no es llevado a ninguna clínica– y, además, evidencia el estatus social de la familia de la que procede la criatura: puede costear no solo los servicios de un médico, sino de uno que hace visitas a domicilio⁵. Será este el sujeto que nombra el mar por primera vez: “El mar –dijo–; el mar, el mar” (Matute, 1971 [1956]: 63).

³ El mar como espacio que facilita el suicidio ha sido un tropo frecuente en las literaturas europeas. Ver al respecto, por ejemplo, los trabajos de Juan Pedro Martín Villareal de 2019 y 2023. Aunque este especialista trabaje la textualización del suicidio femenino en la ficción española, sus teorizaciones del océano como lugar de muerte valen también para nuestra consideración del cuento de Matute.

⁴ En su estudio de la obra de Matute, Simón Valcárcel Martínez describe al pequeño protagonista de “Mar” como “niño discapacitado” (2019: 178). Sin embargo, como no proporciona ninguna evidencia textual que ilustre su planteamiento, sostenemos que nuestro análisis detallado del cuento revela que el muchacho está seriamente enfermo, no necesariamente discapacitado.

⁵ En su artículo sobre *Los niños tontos*, Bardavío Estevan concluye que “[l]os microrrelatos [contenidos en el volumen] [...] [c]onforman una ‘leyenda de las víctimas’” (2018: 1018) de la reciente guerra civil, reflejo de lo que ella identifica como “las crudas condiciones de vida de los menores durante el primer franquismo” (2018: 999) –época

Si bien no se explica expresamente la relevancia del océano en el contexto de la condición del pequeño personaje, se sobreentiende que el doctor sugiere una visita a la costa como cura para el niño enfermo, sugerencia que estaría acorde con la percepción de que el mar posibilita y facilita la mejora de la salud de las personas. Según lo expuesto por Deborah Cracknell, por ejemplo, el océano “puede tener multitud de efectos beneficiosos sobre la salud, el bienestar y la calidad de vida” (2019: 19). Cracknell concluye que “Sumergirse en un entorno costero puede beneficiar nuestro bienestar de muchos modos diferentes” (2019: 92). Que la noción del poder terapéutico del mar sea antigua lo señala Bernardine Satariano: “Desde tiempo atrás se cree que el mar y las zonas costeras son beneficiosos para la salud y el bienestar del ser humano” (2021: 139; énfasis nuestro)– por lo que no nos debe sorprender que se plantee en el texto de Matute que estudiamos. De hecho, este es un concepto que debe tener una relevancia muy particular en una nación como España que dispone de unos 5.000 kilómetros de costa. Tal como demostraremos abajo, suponemos, sin embargo, que el jovencísimo personaje de “Mar” vive en el interior del país, lejos de la costa, por lo que ese mar tan añorado cobra una importancia muy particular.

Dentro del contexto ya señalado por Cracknell y Satariano, Rebecca Olive y Belinda Wheaton puntualizan que las cualidades favorables de los espacios cerca del mar se deben específicamente a la presencia del agua, y señalan las

antiguas tradiciones que se centran en el poder curativo del agua, y la costa como destino primordial para un cierto estilo de vida, de ocio, y también terapéutico [...] se promueven los espacios azules oceánicos como beneficiosos para la salud y el bienestar. (2021: 4)

La noción de “espacios azules oceánicos” que aquí conciben las dos científicas la desarrollan a partir del ya conocido concepto de

espacio azul que se usa para referir a paisajes acuáticos y sus entornos, que puede incluir agua salada (por ejemplo, océanos, mares, deltas) y agua dulce (por ejemplo, ríos y lagos), además de aquellos lugares creados por el hombre, tales como piscinas, canales, charcos. (Olive y Wheaton, 2021: 4).

De manera parecida, Catherine Kelly explica que, “Históricamente, espacios azules específicos han gozado de excelente fama por sus propiedades curativas, incluyendo [...] zonas costeras” (2018: 224) –todo lo que es de particular relevancia para contextualizar el traslado desde el interior hacia el mar de la familia del pequeño personaje en el relato de Matute. A ese “espacio azul” Ronan Foley y Thomas Kistemann lo llaman un “espacio azul sano”, y lo teorizan así: “lugares y espacios que ayudan a mejorar la salud, en los que el agua es central a una variedad de ambientes con claras posibilidades para la promoción del bienestar humano” (2015: 158; cursiva original). Son también quienes explican por qué decidieron por el color azul para denominar los espacios de los que hablan:

en la que aparece el libro. Sin embargo, la aparente holgura económica de la que goza la familia del niño protagonista de “Mar” sirve para establecer una diferencia importante entre este relato y los otros cuentos reunidos en la antología que describen entornos paupérrimos más acordes con el modelo identificado por la crítica, y esto quizá refleje una realidad vivida por la misma Matute quien, al enfermarse a los ocho años, quedó un año con sus abuelos en el interior del país en donde asistió a la escuela del pueblo, experiencia que, según señala Wythe, le abrió los ojos al abismo de diferencia entre los niños pobres y alguien como ella, que provenía de una familia acomodada (1966: 21).

Se eligió el término azul a raíz de su larga asociación con los océanos, los mares, los lagos, los ríos y otros cuerpos de agua. Reconocemos la cantidad de matices y formas [...] que son elementos reconocibles de cuerpos de agua a diferentes escalas [...] sugerimos que el azul es el color que la mayoría de la gente asocia con el agua. (2015: 158)

Aunque el crío protagonista de “Mar” se imagina que el mar es ‘verde’ –tal como analizaremos más adelante– lo fundamental es que a ese “espacio azul” se perciba como lugar de saneamiento, y que es por eso que en ficción matuteana estudiada ocurra el traslado a lo que se convertiría en un escenario fatídico para el muchachito.

Que el doctor nombre tres veces al mar resalta su significancia; la repetición del vocablo suena a conjura, le otorga a este cuerpo de agua una calidad mítica. Aquí el océano deviene esa “patria de los mitos” que señalara Predrag Matvejević (2006: 32). El entusiasmo del médico se transmite a los adultos de la familia del chico: “Todo el mundo empezó a hacer maletas y a hablar del mar. Tenían una prisa muy grande” (Matute, 1971 [1956]: 63). De nuevo podemos apreciar que el niño protagonista proviene de una familia en extremo afortunada –es dueña de maletas (pertenencia impensable en un entorno pobre) y puede permitirse desplazarse a la playa. Su ansia por emprender el viaje –esa “prisa muy grande”– no es motivada por el deseo de verlo curado al pequeño enfermo, sino por contemplar y experimentar el océano: “Todo el mundo empezó a [...] *hablar del mar*”. De este modo demuestran lo que Kelly identifica como “[e]l deseo humano de estar cerca de las aguas costeras [...] ese *necesitar* el mar para el propio bienestar” (2018: 223; cursiva original)⁶.

3. EL NIÑO Y EL MAR

3.1. Imaginando el océano

El revuelo familiar en torno al inminente viaje a la costa incita en el niño ensoñaciones relacionadas con el océano –ilusiones que sin duda también nacen de esa triple repetición por parte del médico de la palabra “mar” que suena a conjura secreta: “se figuró que el mar era como estar dentro de una caracola grandísima, llena de rumores, cánticos, voces que gritaban muy lejos, con un largo eco. Creía que el mar era alto y verde” (Matute, 1971 [1956]: 63). En su estudio de las metáforas comúnmente asociadas con el océano, Serpil Oppermann explica que el mar goza de “una doble condición: como espacio físico-geográfico y como un inmenso dominio de la imaginación” (2019: 446), y es justamente esa “doble condición” que cautiva al pequeño protagonista de Matute: la realidad del mar de la que son conocedores el doctor y los parientes del chico, y las fantasías y ensoñaciones que crea el mismo niño. Aquí, además, estaríamos frente a una tendencia presente en *Los niños tontos* identificada por Casas et al.: que “los niños que pueblan estos relatos incorporan elementos mágicos a su experiencia de la vida –ven lo que los adultos no son capaces de percibir” (2017: 62). Como la muerte del pequeño protagonista de “Mar” deja claro, perderse en un mundo de fantasía y “elementos mágicos” puede ser peligroso para un muchacho, tal como subraya Díaz: “[l]os “niños tontos” [...] muchas veces son víctimas de su propia imaginación, o simplemente de vivir demasiado en el mundo mágico de la infancia” (1971: 72). Las ideas de George Wythe también nos ayudan a entender esta dinámica imaginativa en “Mar”. El crítico observa que “[e]n la obra de Matute existe siempre una sugerencia de que detrás de las realidades de lo cotidiano se cierne otra existencia, extraña, secreta”, y que los niños que figuran en la ficción matuteana “son sensibles,

⁶ Se puede suponer que la familia esbozada en “Mar” reside en el interior de España, en un lugar muy alejado de la costa. Es probable que ese entorno sugerido –aunque nunca nombrado, claro está– sea una versión ficcionalizada de Mansilla de la Sierra, pueblo en el que Matute pasó los veranos de su infancia en la casa de sus abuelos, y que le sirvió de telón de fondo para tantas de sus ficciones, según nos recuerda Whythe (1966: 17).

pero se ven obligados por las duras realidades de la vida de vivir en un mundo de fantasía" (1966: 19). Esta táctica la identifica Jones como "un *escape* a un mundo parcial o totalmente fantástico" (1970: 55; cursiva nuestra)⁷, aseveración que si bien concuerda con lo dicho por Wythe en cuanto a lo fundamental de la imaginación en ese mundo, también realza la necesidad de la huida de las tormentas existenciales que padecen los jóvenes protagonistas de Matute.

A la criatura lo llaman, lo convocan esos "rumores, cánticos, voces" a los que alude la cita que reproducimos arriba. ¿Cuál puede ser la procedencia de estos sonidos tan sugerentes que según el crío emanan de las aguas? Es probable que el jovencito tenga conocimiento de relatos e historias de seres que habitan las olas, los que vale repasar para arrojar luz sobre su decisión de adentrarse a las aguas para no volver jamás. Por una parte, estaría la figura de la Sirenita, protagonista del cuento homónimo de Andersen. Según resume Àngels Amorós, "La Sirenita de Andersen [...] pretendía llevarse al príncipe a su mundo marino cuando él cayó al agua tras la tormenta" (2020: 93). Si bien en el cuento del danés este propósito finalmente no se realiza, la ficción alude a la posibilidad de una vida bajo las aguas para el sujeto humano masculino, lo que pudo funcionar como una potente sugerencia para el protagonista de "Mar". Quizá el niño imaginaba que le llamaba Moby Dick, esa ballena descrita por Carl Schmitt como "tan singular monstruo [...] tal coloso [...] un ser gigantesco" (2007 [1942]: 10), y que tan simbólica relación tuviera con la humanidad. ¿Pudo el personaje de Matute estar imaginándose las voces y ecos de ese dios Sol para quien los antiguos griegos hundieran cada año al mar un carro y cuatro caballos⁸? Y luego estarían los seres marinos que abundan en los textos sagrados cristianos –según Matvejević, "El mar de la Biblia está poblado de monstruos semejantes al Leviatán o a la Rachab" (2006: 26); con relación a esta observación, no debemos olvidar la preeminencia que se otorgó a ese particular libro en el contexto de la España franquista que vio la aparición de *Los niños tontos*.

De este modo el muchachito –al igual que los mayores, por lo visto– experimenta lo que Gustavo Correa en su trabajo sobre las funciones simbólicas del mar identifica como "la *llamada* misteriosa e irresistible de este antiguo compañero, forjador de ilusiones y guía de innumerables aventuras" (1966: 66; cursiva original). Sus ideas parece Correa desarrollarlas desde unas nociones expuestas por Frazer, según quien,

Los que habitan junto al mar no pueden menos de sentirse impresionados a la vista del incesante flujo y reflujo, que los lleva, dados los principios de la ruda filosofía de la atracción y semejanza [...] a trazar una relación sutil, una secreta armonía entre las mareas y la vida del hombre. (1944 [1922]: 60)

De manera parecida, Martin Schatzmann Willvonseder explica que "Quizá tenga que ver con el origen de la vida en el mar y nuestra herencia genética el que el océano impresione tanto" (2015: 118). Esta noción la desarrolla a partir del trabajo de Walter Saller, quien, en su artículo titulado "En el comienzo estuvo el mar" (traducción nuestra), asevera que

⁷ Cabe observar, además, que Jones también opina que los niños "que pueblan el extraño mundo matuteano de la niñez forman un grupo aparte a aquel de los niños 'normales'. El niño raro es el único capaz de adentrarse al reino de la imaginación" (1970: 38), aseveración que sirve para establecer un claro vínculo entre esos jóvenes 'diferentes' que señaláramos arriba y su asociación con el mundo de la fantasía. Asimismo, en el monográfico citado, Jones subraya una y otra vez que "el tema del escape parece ser una de las ideas clave de la literatura de Ana María Matute" (1970: 42), sobre todo en el caso del niño, quien "rechaza la realidad y fabrica una existencia hermética que excluye a todos los demás" (1970: 42), que es justamente lo que hace el pequeño protagonista de "Mar".

⁸ Para un valioso análisis de este tema, ver James Frazer (1944 [1922]: 109).

Decían los griegos que cada criatura viviente se origina en el 'Okeanos' [...] que rodea el mundo. El primer sonido que escucha el feto humano en su saco amniótico es el sonido del agua. El ritmo de un respirar relajado es increíblemente parecido [...] al vaivén de un mar que se mueve pausadamente⁹. (2000: 90)

Estos conceptos son de especial relevancia para entender el posicionamiento del niño protagonista de Matute frente a lo que él imagina que es el mar –particularmente dada su corta edad (podemos suponer que fue hace poco que se hallaba dentro de ese saco amniótico)– y su insistencia en los sonidos que emite ese cuerpo de agua. Estos los describe como “rumores, cánticos, voces” según la cita del relato que reproducimos antes y, a su vez, compondrían esa “llamada misteriosa e irresistible”, tal como concluye Correa en la citación que recogimos arriba. Al responder de forma inmediata a la mención del mar con sus ensoñaciones, el pequeño personaje del microcuento incurre en un alejamiento de la dura realidad que los críticos han identificado como una tendencia muy discernible en la obra de Matute que protagonizan los niños. Al respecto, Alicia Redondo Goicoechea señala que estas criaturas indefensas buscan “refugiarse en el sueño. En negar la realidad que [...] hace tanto daño” (2000: 69) –en el relato que estudiamos el “sueño” es evidentemente el deseo de experimentar el océano, mientras la “realidad que [...] hace tanto daño” es la enfermedad que deja al muchachito “doblado, amarillo”, según la cita recogida arriba, y la desubicación existencial que padece.

El uso en la cita del cuento recogida arriba de los términos “se figuró” y “creía que” deja claro que el pequeño nunca ha presenciado ese –para él– mágico cuerpo de agua, que se lo tiene que imaginar, aparentemente a diferencia de los adultos cuyo entusiasmo sugiere que ya lo conocen, situación que establece ya desde el comienzo del cuento el desbalance entre las experiencias vivenciales del grupo y las del niño. Este abismo que yace entre pequeños y grandes lo podemos entender en palabras de la misma Matute, quien en un ensayo explica que, “Un niño es otra cosa que un hombre o mujer que aún no ha crecido [...] Su mundo interior apenas tiene puntos de contacto con el mundo interior del hombre o de la mujer que será. La infancia es una edad total, una vida cerrada y entera” (1961: 133) –y es este contexto lo que provocará en el jovencito de “Mar” el sentimiento de desubicación que lo llevará a entregar su vida a las olas. Más adelante, al encontrarse frente al mar de verdad, el muchacho experimenta en su cuerpo enfermo una nueva sensación –“Su piel, ¡qué extraña era allí” (Matute, 1971 [1956]: 63) – y llama a su madre, “porque sentía vergüenza” (Matute, 1971 [1956]: 63), otro indicio más de ese desconcierto, ese sentirse fuera de lugar que lo avasalla frente al mundo, acá expresada de manera física.

3.2. Presagio de muerte entre las olas

En su tratado sobre lo metafórico y lo material en zonas marítimas, Philip Steinberg nos recuerda que, “En un mapa para niños (e inclusive en muchos de aquellos consultados por adultos), el océano es azul, plano, no cambia; es estable en cuanto a espacio y tiempo” (2013: 159). Concordearíamos con Steinberg: la cartografía fija el mar como ente color celeste en atlas y planos topográficos y, por ende, en la percepción popular. Por lo tanto, llama la atención que el jovencito en “Mar” visualice el océano como “alto y ‘verde’”, según ya citamos. Nos vemos

⁹ Cabe mencionar que, en su ensayo, Saller analiza un gran número de mitos de todas partes del mundo que asocian el origen de la vida humana con el mar. Usamos aquí su planteamiento en cuanto a la formulación de esta idea en la Antigua Grecia ya que es la cultura más antigua que menciona Saller, además de ser aquella que dio origen a la cultura europea dentro de la que Matute produjo sus ficciones. Al respecto observa Schmitt que “Generalmente se considera al filósofo griego Tales de Mileto (ca. 500 a. C.) como fundador de la doctrina que ve en el agua el origen de todo ser. Pero tal concepción es más antigua y a la vez más moderna que Tales; es eterna” (2007 [1942]: 4). Son ideas y observaciones que ayudan a contextualizar el poder que ejerce el océano sobre el pequeño protagonista de Matute en “Mar”.

obligados a plantear la pregunta, ¿qué mar es ese que es alto y verde? Queda lejos de ese Mediterráneo que pintara Sorolla u otros artistas españoles decimonónicos y de las primeras décadas del siglo XX –azulísimo, al igual que aquel océano del que emergiera la Venus de Botticelli, mar habitado por seres extraordinarios que aparece en la pintura de temática mitológica a lo largo de los siglos. Tampoco es esa masa de agua grisácea, violenta, amenazante que podría figurar en una representación pictórica de un mar tormentoso que pone en peligro las naves, buques y barcos que abundan en un país con una larga tradición marítima como es España.

A nuestro juicio, el inusual color del mar con el que fantasea el chico funciona como un presagio de la tragedia que acontecerá entre las olas al final del cuento. Sin embargo, al llegar a la costa y vislumbrar el océano por primera vez, “Él, que creyó el mar alto y verde, lo veía blanco, como el borde de la cerveza [...] crecía, se volvía azul, violeta” (Matute, 1971 [1956]: 64) –una descripción que coincidiría con esa tradicional percepción humana del mar teorizada por Steinberg que ya referenciamos. Además, aquí estaríamos frente al mar como “espectáculo de belleza” que señala Correa (1966: 73), y que desprendería la luz que el crítico asocia con el océano, al identificarlo como “un foco luminoso [...] una condensación de luz con sus propiedades simultáneas de *transparencia, irradiación y calor*” (1966: 82; cursiva original). Sin embargo, al adentrarse en el agua hasta que le tape por completo, el pequeño personaje de Matute en “Mar” confirma que, según se había imaginado, “El mar, verdaderamente, era alto y verde” (Matute, 1971 [1956]: 64). Es alto porque, en términos puramente físicos, cubre a ese minúsculo ser humano, pero su altura también implica su poder para engullir, consumir, y hacer desaparecer al chico.

Nieto García concluye que los jóvenes protagonistas de la ficción matuteana “afroitan el mundo desde su indefensa posición” (2012: 157), situación que se evidencia acá; el niño en “Mar” padece esa indefensión a la que alude la crítica, tanto frente a la enormidad del océano, como por la enfermedad que padece y su situación como ser solitario en un mundo habitado solo por adultos. Y, a pesar de que desde la orilla el mar parezca “blanco [...] azul, violeta”, el crío descubre que para él es verde, y que el verdor de esa agua, lejos de ser el color asociado con la vida, en este caso implica la muerte.

4. SOLEDAD INFANTIL

El jovencísimo protagonista de “Mar” explica a su madre, “quiero ver hasta dónde me llega el mar”, deseo que vuelve a expresar al enunciar, “¡Voy a ver hasta dónde me llega el mar” (Matute, 1971 [1956]: 64). Como sabemos, el llevar a cabo su intención tendrá como desenlace la fatídica entrega de su vida al agua. Que repita dos veces su propósito y que acabe ahogándose urge que nos preguntemos por qué nadie escuchó al niño, nadie prestó atención a sus palabras, sobre todo porque las dirige a su progenitora, la principal responsable del bienestar y la integridad física de su prole. He aquí, pues, esa “indiferencia generalizada” por parte de los adultos frente a los chicos señalada por Díaz (1971: 72)¹⁰, además de que el muchachito sea una de esas “criaturas solitarias e incomprensibles” que, según Jones, pueblan la ficción de Matute (1970: 55) y que padece lo que Nieto García identifica como “la soledad y [...] la incompre-

¹⁰ Aunque a primera vista el hecho de que la familia lleve al muchachito al mar puede sugerir que en “Mar” el niño no padece esa “indiferencia generalizada” que, según Díaz, caracteriza a los adultos cuando tratan a los chicos, debemos recordar que los parientes de la criatura se desplazan a la playa no para que él se cure, sino motivados por su propio entusiasmo por un reencuentro con el océano. Además, permiten que se adentre en el agua mientras ellos permanecen en la playa, situación que llevará a su muerte.

sión, en un mundo de aislamiento irracional" (2012: 158). Ese "mundo de aislamiento irracional" lo denomina Calafell Sala como "una realidad insatisfactoria" (2010: 165) que habitan los personajes infantiles en la ficción matuteana. La crítica también explica que estos buscan "establecer un vínculo con la tierra, con lo animal, con lo primitivo [...] se caracterizan por ser la prolongación de una naturaleza semisalvaje que pacta con ellos un retorno al origen a través de la devolución y la transformación del cuerpo" (2010: 166). En "Mar", el elemento natural con el que busca el crío la unión es, por supuesto, el océano y, evidentemente, ese "retorno al origen" es la muerte que acontece entre las olas, "la transformación del cuerpo" en uno sin vida.

Este mortal desenlace sigue un patrón frecuente en la narrativa de Matute¹¹, sobre todo aquella que se enfoca en esos críos marginados y tristes que ya referenciamos al comienzo de este trabajo. Jones asevera al respecto que, para estos protagonistas juveniles, "la niñez debe llegar a su fin, o bien con la muerte, o bien con la madurez" (1970: 55) y, en un trabajo posterior, con referencia a la antología que alberga "Mar" especifica que, "*Los niños tontos* [...] contiene varios cuentos que acaban con el abrupto truncamiento de la niñez" (1971: 286) –truncamiento ocasionado por esa muerte que mencionara anteriormente como opción del final de la juventud. Estas nociones las desarrollan Casas et al., aseverando que, "los momentos de plenitud –posibles a través de la imaginación– no tienen continuidad. Solo se cumplen en la muerte, como ocurre en la mayoría de los microrrelatos de *Los niños tontos*" (2017: 63). Prosiguen a explicar que los protagonistas de los cuentos "quedan fijados para siempre en la infancia, pues mueren siendo niños" (2017: 63). Este es justamente el patrón que descubrimos en el cuento que aquí nos concierne: el chico sin nombre experimenta uno de esos "momentos de plenitud" potenciados por su imaginación al descubrir que, de hecho, "el mar, verdaderamente, era alto y verde" (Matute, 1971 [1956]: 64). Sin embargo, se interrumpe –"no tiene continuidad", según nos dicen Casas et al.– porque la criatura pierde la vida. La madurez que señalara Jones no es posible; la desaparición del sujeto es la única opción. Según Dever, estaríamos frente a "la muerte como escapatoria del sufrimiento" (2015: 138) –en este caso no solo la terrible enfermedad que padece el joven protagonista del relato, sino también la desubicación que siente frente al mundo incomprensible de los adultos. En última instancia, su fallecimiento-suicidio entre las olas supondría una de esas defunciones infantiles señaladas por Blake DeLong y Juan Manuel García-Fernández al hablar del "carácter desechable de la vida que no tiene valor y utilidad en el sistema" (2023: 52) dentro de la ficción de Matute.

5. CONCLUSIONES

En su trabajo sobre metáforas marinas, Schatzmann Willvonseder dice, "con el océano tenemos una relación arcaica que abarca nuestros cinco sentidos" (2015: 118) –vínculo que textualiza Matute al describir como al niño el mar "[l]e llegó a las rodillas. Luego, a la cintura, al pecho, a los labios, a los ojos. Entonces, le entró en las orejas" (Matute, 1971 [1956]: 64), tal como recogimos arriba. Pero Schatzmann Willvonseder prosigue a advertir que, "Sin embargo, no todo es armonía. Es peligroso abandonarse al abrazo del mar [...] tiene su lado oscuro, violento y peligroso, que crea una gama de sensaciones estimulantes pero turbias" (2015: 118), aseveración que nos es muy útil para contextualizar lo acontecido a la criatura protagonista de "Mar". El niño experimenta esa "gama de sensaciones estimulantes pero turbias" que menciona el crítico: busca ese "abrazo del mar" –una sensación que podríamos identificar como estimulante, según la teoría de Schatzmann Willvonseder–, pero el encuentro físico con

¹¹ Este desenlace es, por supuesto, el fallecimiento de la criaturita protagonista. En su excelente estudio de *Los niños tontos*, Díaz recuerda que [u]n tema de gran importancia [en la antología] es la muerte de los niños, que es algo que la novelista considera particularmente emocionante o perturbador" (1971: 73).

el mar promueve una sensación turbia, el deseo de entregarse a sus aguas, poniendo fin a su vida y, de este modo, de la desubicación e incompreensión que han caracterizado su corta vida. Para el joven personaje del cuento el mar resulta ser ese ente “oscuro, violento y peligroso” que identifica el experto. En última instancia, el océano es lugar de muerte, según nos recuerda Francisco Fortuny: “el mar es el elemento de la disolución de las cosas y las sustancias, cuyas formas y cualidades específicas dejan de ser lo que son para ser otra distinta, una vez fundidas en su materno seno que [...] simboliza la tumba, la muerte” (2001: 25). El fallecimiento del niño en el mar supone, pues, esa “disolución de las cosas y las sustancias” –es decir, del cuerpo y del ser del chico. Esto ha de acontecer, porque el humano no sobrevive en el mar –realidad de la que se diera cuenta la Sirenita que ya referenciamos– porque es un ser puramente terrestre, tal como nos recordara Schmitt:



El hombre es un ser terrestre, un ser que pisa la tierra. Se sostiene, camina y se mueve sobre la tierra firme. Ella es el punto de partida y de apoyo. Ella determina sus perspectivas, sus impresiones y su manera de ver el mundo. No sólo su horizonte sino también su modo de andar, sus movimientos y su figura son los de un ser que nace en la tierra y se mueve sobre la tierra [...] Entre los cuatro elementos tradicionales – tierra, agua, fuego y aire – es la tierra el destinado al hombre y el que le determina con mayor fuerza. (2007 [1942]: 3)

Mientras el chiquito se adentra en las aguas, los mayores hacen aspavientos desde la playa, sin comprender las acciones del pequeño: “los de la orilla no entendían nada de nada. Encima, se ponían a llorar a gritos y decían: ‘¡Qué desgracia! ¡Señor, qué gran desgracia!’” (Matute, 1971 [1956]: 64). Según Díaz, estos chicos “personifican las consecuencias del abismo que existe entre las generaciones, causado por la incapacidad por parte de los adultos de entrar a o comprender el mundo de los niños” (1971: 72). Ese “abismo” es responsable, en parte por lo menos, por la decisión del diminuto protagonista de “Mar” de adentrarse en el océano. He aquí la puesta en escena de la búsqueda por parte del niño de una solución en su imaginación a esa desubicación que analizamos arriba. Tal como concluye Jones, “ese encuentro de la fantasía y la realidad suele resultar en la muerte del niño” (1970: 53) –en este caso la imaginación fantástica que crea el muchacho en torno al mar, frente a la peligrosa realidad del océano. En esta escena, además, el posicionamiento de los adultos en la ribera y el niño entre las olas nos recuerda esa “división binaria entre la tierra y el mar” que erige Steinberg (2013: 163) al centro de su estudio de metáforas relativas al mar. En este contexto, la playa en la que se encuentran los familiares del crío se erige como límite ontológico entre lo terrenal que habitan las personas –según nos recordara Schmitt en la cita reproducida arriba– y lo acuoso, entorno en el que no prospera ni sobrevive el ser humano, porque en última instancia sale siempre supremo el océano, devorador de vidas.

Bibliografía

- AMORÓS, Àngels S. (2020) “De *La Sirenita* a *La princesa y el rey pez*. La reconciliación de los cuentos de hadas sin final feliz en las relecturas actuales”, *AILIJ* (*Anuario de Investigación en Literatura Infantil y Juvenil*), 18, pp. 87-100.
- BÁDER, Petra (2011) “Ritos de paso, ritos de iniciación: *Los niños tontos* de Ana María Matute”, *LEJANA*, 3, pp. 1-7.

- BAPTISTA, Gonzalo (2022) "Génesis y censura de *Los niños tontos* de Ana María Matute", *Microtextualidades*, 12, pp. 1-18.
- BARDAVÍO ESTEVAN, Susana (2018) "La infancia imposible: *Los niños tontos* de Ana María Matute o el fracaso de la biopolítica franquista", *Bulletin of Spanish Studies*, 95.8, pp. 999-1018.
- CALAFELL SALA, Núria (2010) "La conjura de la invisibilidad: El sujeto infantil en algunos cuentos de Ana María Matute y Silvina Ocampo", *Lectora*, 16, pp. 161-176.
- CASAS, Ana, et al. (2017) "Narrativa 1950-1960" en David Roas ed., *Historia de lo fantástico en la cultura española contemporánea (1900-2015)*, Frankfurt, Vervuert, pp. 57-69.
- CORREA, Gustavo (1966) "El simbolismo del mar en la poesía española del siglo XX", *Revista Hispánica Moderna*, 32.1/2, pp. 62-86.
- CRACKNELL, Deborah (2019) *La terapia del mar. Cómo el agua puede cambiar tu vida*, trad. Librada Piñero, Barcelona, Roca.
- DELONG, Blake y Juan Manuel GARCÍA-FERNÁNDEZ (2023) "La pérdida de la inocencia y la vida desechable en 'Fausto' de Ana María Matute", *Confluencia*, 39.1, pp. 43-54.
- DEVER, Aileen (2015) "Silence and Shadows: Religious Symbolism in Ana María Matute's 'La niña fea'", *Romance Notes*, 55.1, pp. 137-146.
- DÍAZ, Janet (1971) *Ana María Matute*, Nueva York, Twayne.
- FOLEY, Ronan y Thomas KISTEMANN (2015) "Blue space geographies: Enabling health in place", *Health and Place*, 35, pp. 157-165.
- FORTUNY, Francisco (2001) "Ensayo de una simbología del mar en la poesía hispánica de la Edad Moderna", *Litoral*, 231-232, pp. 22-31.
- FRAZER, James George (1944 [1922 Edición en inglés abreviada por el autor]) *La rama dorada. Magia y religión*, trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, México DF, Fondo de Cultura Económica.
- GALDONA PÉREZ, Rosa Isabel (2001) *Discurso femenino en la novela española de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga*, La Laguna, Universidad de La Laguna.
- GAZARIAN-GAUTIER (1997) *Ana María Matute: La voz del silencio*, Madrid, Espasa Calpe.
- GUARNER, José Luis (1969) "Las dudas de Ana María Matute", *Destino*, 1676, pp. 61-62.
- JONES, Margaret E. W. (1970) *The Literary World of Ana María Matute*, Lexington, University Press of Kentucky.
- (1971) "Temporal Patterns in the Works of Ana María Matute", *Romance Notes*, 12.2, pp. 282-288.
- KELLY, Catherine (2018) "'I Need the Sea and the Sea Needs Me': Symbiotic coastal policy narratives for human wellbeing and sustainability in the UK", *Marine Policy*, 97, pp. 223-231.
- MARTÍN VILLAREAL, Juan Pedro (2019) "El mar como espacio para el suicidio femenino en la narrativa romántica española" en Isabel Morales Sánchez y Juan Pedro Martín Villareal, eds., *Del territorio al paisaje: construcción, identidad y representación: XVIII Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: España, Europa y América (1750-1850)*, Cádiz, UCA, pp. 101-114.

- MARTÍN VILLAREAL, Juan Pedro (2023) *Mujer y suicidio en la literatura española y británica de la segunda mitad del siglo XIX: perspectivas comparadas*, Lausanne, Peter Lang.
- MATUTE, Ana María (1971 [1956]) *Los niños tontos*, 2ª edición, Barcelona, Destino.
- (1961) “Sobre el niño, estos días” en Ana María Matute, *A la mitad del camino*, Barcelona: Rocas, pp. 131-135.
- (1975) “Prólogo” en Ana María Matute, *Obra completa Vol. II*, Barcelona, Destino, pp. 7-10.
- MATVEJEVIĆ, Predrag (2006) *El Mediterráneo y Europa. Lecciones en el Colegio de Francia y otros ensayos*, trad. Manuel Arranz, pref. Gabriel Beis, Valencia, Pre-Textos.
- REDONDO GOICOECHEA, Alicia (2000) *Ana María Matute*, Ediciones del Orto, Madrid.
- SALLER, Walter (2000) “Am Anfang war das Meer”, *Mare*, 19, pp. 88-94.
- SATARIANO, Bernardine (2021) “The Therapeutic Value of the Sea and its Impact on Health and Wellbeing”, *Symposia Melitensia*, 17, pp. 139-148.
- SCHATZMANN WILLVONSEDER, Martin (2015) “El abrazo y el mar. Acerca de la metáfora del mar y la simbología del agua en la poesía erótica española e hispanoamericana”, *Revista de Filología Románica*, Anejo VIII, pp. 117-135.
- SCHMITT, Carl (2007 [1942]) *Tierra y mar: una reflexión sobre la historia universal*, trad. Rafael Fernández-Quintanilla, pról. Ramón Campderrich, epíl. Franco Volpi, Madrid, Trotta.
- STEINBERG, Philip E. (2013) “Of other seas: metaphors and materialities in maritime regions”, *Atlantic Studies*, 10.2, pp. 156-169.
- TSOKOU, Maria (2016) *Los niños tontos de Ana María Matute y su contexto histórico-literario*, Madrid, Ediciones Clásicas.
- VALCÁRCEL MARTÍNEZ, Simón (2019) *El universo literario de Ana María Matute*, Logroño, Instituto de Estudios Riojanos.
- WINECOFF, Janet (1966) “Style and Solitude in the Works of Ana María Matute”, *Hispania*, 49.1, pp. 61-69.
- WYTHE, George (1966) “The World of Ana María Matute”, *Books Abroad*, 40.1, pp. 17-28

